

O REI NEYMAR

LUCA
CAIOLI

EL ÚLTIMO POETA DEL BALÓN

CON TESTIMONIOS
DE VICENTE DEL BOSQUE,
SCOLARI Y ROBINHO,
ENTRE OTROS



LUCA CAIOLI

O REI NEYMAR

El último poeta del balón

Traducción de David Paradela López

Índice

1. Praça Charles Miller	7
2. Poesía y prosa. Conversación con José Miguel Wisnik.....	16
3. Mogi das Cruzes	21
4. São Vicente.....	33
5. Praia Grande	41
6. 100 % Jesús. Conversación con Newton Glória Lobato	49
7. Liceu São Paulo.....	55
8. Sueños de infancia. Conversación con Leonardo Carrilho Baptistaõ	63
9. Santos.....	69
10. Peixe	77
11. Sinónimo de espectáculo. Conversación con Robson de Souza, más conocido como <i>Robinho</i> ..	83
12. Madrid.....	88
13. <i>A Copinha</i>	95
14. Pacaembu	101
15. Barroco y minimalismo. Conversación con Eduardo Gonçalves de Andrade, más conocido como <i>Tostão</i> ..	108
16. Alegría	113
17. Ayrton Senna.....	121
18. El monstruo	129

19.	Beatlemania. Conversación con Dorival Silvestre Júnior.....	136
20.	Doha	140
21.	2011	147
22.	El don de la improvisación. Conversación con Muricy Ramalho.....	164
23.	<i>Remake</i>	170
24.	« <i>Obrigado a todos por tudo</i> »	178
25.	Números 11. Conversación con José Macia, más conocido como <i>Pepe</i>	189
26.	NRJ	193
27.	Una jornada particular	200
28.	Maracanã	209
29.	Un artista. Conversación con Vicente del Bosque	220
30.	« <i>Um bom menino.</i> » Conversación con Luiz Felipe Scolari, más conocido como <i>Felipão</i>	225
31.	Barcelona	230
	<i>Una carrera en cifras</i>	243
	<i>Bibliografía</i>	247
	<i>Agradecimientos</i>	251
	<i>Índice onomástico</i>	253

Praça Charles Miller

Bigote de manillar, flequillo rebelde, camisa blanca, pantalón negro corto y, en las manos, un balón: ésta es la imagen que nos muestran las fotografías de la época —las del fogonazo de luz y humo de magnesio— de Charles William Miller. Hijo de John, un ingeniero escocés que, como otros tres mil británicos, había ido a Sudamérica a construir el ferrocarril, y Carlota Fox, brasileña de raíces inglesas, Charlie nace en el barrio de Brás de São Paulo el 24 de noviembre de 1874. A los nueve años, como dictan las reglas de la buena sociedad, es enviado a estudiar a Europa. Desembarca en Southampton e ingresa, primero, en el Banister Court y, después, en un internado del condado de Hampshire. El Banister es un pequeño colegio privado fundado por el reverendo George Ellaby con el propósito de instruir a los hijos de la Peninsular Steam Navigation Company. En la época en que Miller frecuenta sus aulas, el director es Christopher Ellaby, hijo del reverendo y un gran apasionado del fútbol. En Inglaterra, el *beautiful game* goza ya de estatuto oficial: el 26 de octubre de 1863 se funda en Londres la Football Association, la primera federación futbolística de ámbito nacional que unifica las reglas del juego. Ellaby, que en sus tiempos en Oxford fue capitán del equipo del *college*, sabe transmitir a sus alumnos el entusiasmo por el balón. Charles Miller es un buen atleta y pronto se convierte en capitán del equipo. Su rostro imberbe y su flequillo le valen el

apodo de *Nipper* («chiquillo»). A pesar de su físico, se convierte en un gran delantero centro que, en ocasiones, hace las veces de lateral izquierdo. «Es nuestro mejor delantero. Es rápido, posee un regate fulminante y un disparo fabuloso. Marca con gran facilidad», asegura el diario del colegio. Cuarenta y un goles en treinta y cuatro partidos con el Banister Court, y tres en los trece encuentros disputados con la St. Mary's Church of England Young Men's Association, predecesora del Southampton Football Club, equipo de la Premier League inglesa. Miller tiene un estilo de juego alegre y pícaro, tiene fantasía, un gran control de la pelota y una verdadera pasión por las fintas, que dejan de piedra a sus adversarios. Tanto es así que a los diecisiete años lo invitan a jugar en las filas del Corinthian Football Club de Londres, un club formado por futbolistas procedentes de varias escuelas y universidades inglesas con el fin de contrarrestar la superioridad de las formaciones escocesas. «Corinthian», un nombre que, años más tarde, con una «s» añadida y bajo los auspicios del propio Miller, será el de uno de los clubs más famosos de São Paulo.

En 1894, terminados los estudios, Charlie regresa a Brasil. En el equipaje lleva dos balones de la marca Shoot fabricados en Liverpool, regalo de un compañero de equipo; una bomba para hincharlos; un par de botas de fútbol; dos camisetas (una del Banister y otra del St. Mary) y un grueso volumen con el reglamento redactado por la Football Association. Cuenta la leyenda que durante la travesía, Charlie no para de entrenarse: dribla obstáculos y pasajeros de un lado a otro del puente del barco. Cuando el 18 de febrero, ya en el muelle del puerto de Santos, John, su padre, le pregunta qué se ha traído de Inglaterra, Charles responde: «Mi licenciatura. Tu hijo se ha licenciado cum laude en fútbol». El veinteañero anglobrasileño entra a trabajar, como su padre, en la São Paulo Railway

Company y se inscribe en el São Paulo Athletic Club, fundado en mayo de 1888 por varios miembros de la colonia británica. Los socios del club juegan al críquet, no al fútbol. Conocen el juego, pero nadie muestra interés en practicarlo. Charles Miller inicia su labor catequética. En el club, explica a amigos y compañeros de trabajo —altos funcionarios de la compañía de gas, del Banco de Londres o del ferrocarril— las reglas y los términos fundamentales, como *half time*, *corner*, *ground* y *penalty*, y por fin logra reunir a un puñado de adeptos. Los convence para que se entrenen en un campo de tierra batida: Várzea do Carmo, entre Luz y Bom Retiro, hoy rua do Gasômetro. No faltan los curiosos que se acercan a contemplar a esos ingleses chiflados. Tiempo después, en una carta a su amigo Alcino Guanabara, de Río de Janeiro, Celso de Araújo escribe:

Ahí, en la zona de Bom Retiro, un grupo de ingleses, locos como ellos solos, se empeñan en tomarla a patadas con algo que semeja una vejiga de buey. Por lo visto, eso les produce gran satisfacción y gran pesar cuando esa especie de vejiga amarillenta entra en un rectángulo formado con postes.

Escepticismo aparte, el fútbol empieza a tomar vuelo entre los *gentlemen* de la comunidad británica, y Miller, finalmente, consigue organizar un partido. Es el 14 de abril de 1895. En Várzea do Carmo se enfrentan dos equipos integrados por ingleses y brasileños: el São Paulo Railway y la Companhia de Gás. Se impone, por 4-2, el equipo de los «ferroviarios», capitaneado por Miller, que marca dos tantos. Los espectadores son pocos: amigos y funcionarios de las dos empresas, más los burros que pacen en los alrededores. Poco importa: es el primer partido de fútbol oficial en Brasil y marca la fecha de nacimiento del que será el deporte más popular del país. Es cierto que bastante antes del regreso de Charlie de

Inglaterra, entre 1875 y 1890, algunos empleados de compañías inglesas y marineros británicos habían jugado partidos en la calle o en las playas de Río, y que incluso habían llegado a disputar un encuentro frente a la residencia de la princesa Isabel, regente del imperio de Brasil en nombre de don Pedro II. También es cierto que en el colegio São Luis de Itu el padre jesuita José Montero había introducido, entre profesores y alumnos, y siguiendo la línea del colegio Eton, un juego como el *bate bolão*. Y es cierto también que juegos como el *ballon anglais* se practicaban en varios colegios confesionales y laicos de São Paulo, Río de Janeiro y Rio Grande do Sul. Sin embargo, para los brasileños, Charles Miller es *o pai do futebol*, el padre del fútbol. Y es que, además de ese histórico primer partido, Miller da vida, en el seno del São Paulo Athletic Club (SPAC), a un equipo de fútbol y desempeña un papel crucial en la fundación, el 19 de diciembre de 1901, de la primera federación futbolística brasileña: la Liga Paulista de Futebol, que, al año siguiente, dará paso al primer campeonato de fútbol. La competición arranca el 3 de mayo de 1902 con cinco equipos en la parrilla de salida: el São Paulo Athletic Club, la Associação Atlético Mackenzie College, el Sport Club Internacional, el Sport Club Germânia y el Club Athletico Paulistano.

El SPAC domina las tres primeras ediciones. Charles Miller, con diez goles en nueve partidos, es el pichichi del campeonato de 1902 y marca los dos goles de la victoria en el desempate final contra el Paulistano. Con camiseta blanquiazul a rayas verticales o con camisa blanca con pantalón y medias negros, el SPAC se adjudica también el torneo de 1903, una vez más frente al Paulistano. Al año siguiente se repite el triunfo y Charlie comparte el título de pichichi —nueve tantos— con Boyes, su compañero de equipo. Miller llega incluso a ponerse entre los palos y encaja una auténtica goleada:

nueve goles en 1906 contra el Sport Club de São Paulo. Juega con el SPAC hasta 1910, momento en que el fútbol brasileño ya lo practican tanto la élite blanca y urbana, que lo vive como símbolo de la modernidad europea, como los jóvenes de las clases humildes, que lo utilizan como una representación de sí mismos negada en otros ámbitos sociales. Un ejemplo de su popularidad es la gira del Corinthian Football Club de Londres. A bordo del transatlántico *SS Amazon*, los balompedistas ingleses desembarcan en Río de Janeiro el 21 de agosto de 1910. Disputan tres encuentros contra el Fluminense y otras dos selecciones cariocas, y vencen en todos los casos por goleada. Viajan a São Paulo, donde se enfrentan al Palmeiras, al Paulistano y, el 4 de septiembre, al SPAC. Es uno de los últimos partidos que disputa Charles Miller, que cuenta ya treinta y seis años. El encuentro termina con un rotundo 2-8 a favor de los británicos, que se imponen con sendas avalanchas de goles también en los otros dos partidos. «No podíamos esperar otra cosa —escribirá en el libro *Minhas memórias do futebol* el periodista Adriano Neiva da Motta e Silva, conocido como *De Vaney*—. Todo el mundo sabe que el Corinthian es un equipo que practica un fútbol científico, mientras que nosotros, en materia futbolística, todavía vamos con el chupete en la boca.» Sin embargo, más allá de cuestiones técnicas, lo sorprendente es el interés que genera la llegada del equipo inglés: amplia cobertura en los periódicos, multitudes que esperan a los jugadores a la salida del hotel Majestic y, sobre todo, el lleno del velódromo donde se disputan los encuentros. «Los espectadores aplauden cada acción, y el aire huele a perfume francés. Los partidos del Corinthian son acontecimientos de lo más *chic*», comentan los rotativos de São Paulo.

Ese mismo año de 1910, Charles Miller cuelga las botas para dedicarse a su trabajo en la Royal Mail Line; años más tarde, funda una compañía de viajes, labor que compagina

con sus funciones como vicecónsul inglés. Contrae matrimonio con Antonieta Rudge, gran pianista brasileña, que lo abandonará en los años veinte para irse a vivir con el poeta modernista Menotti del Picchia. Cría a dos hijos y sigue vinculado al fútbol en calidad de árbitro, director deportivo y, finalmente, como simple aficionado. Charles William Miller muere a los setenta y nueve años el 30 de junio de 1953. Ha visto cómo São Paulo se transformaba en una metrópoli y cómo el fútbol, que él había introducido en el país medio siglo antes, se convertía en la gran pasión nacional. Ha visto cómo Brasil organizaba la Copa Jules Rimet y ha sufrido, como millones de otros brasileños, el dolor de la mayor derrota futbolística, el Maracanazo.

El recuerdo de Charles Miller aún sigue vivo. En el lenguaje futbolístico, *chaleira* (derivado de «Charles») es el término que se utiliza para definir una jugada inventada por Miller a principios de siglo: patear la pelota con el tacón con una pierna detrás de la otra para driblar o marcar. Lo habitual en São Paulo. Justo un año después de su muerte, la ciudad bautizó con su nombre la plaza donde se alza el estadio municipal Paulo Machado de Carvalho, más conocido como «Pacaembu», por el nombre del barrio. Hoy en día, este vasto espacio situado en el corazón de la metrópoli paulista —casi un anfiteatro griego por su forma— está coronado, a un lado, por los irregulares rascacielos que descuellan sobre los árboles y, al otro, por el Pacaembu, una construcción de estilo *liberty* de color crema engastada en la colina. El estadio fue inaugurado el 27 de abril de 1940 por el presidente brasileño, Getúlio Vargas, en presencia del prefecto Prestes Maia y el arquitecto, Ademar de Barros. En su momento tenía cabida para setenta y un mil espectadores; hoy, tras la reestructuración de 2007, alberga a cuarenta mil. El hogar del Corinthians es una auténtica joya y una de las postales más bellas de São Paulo. En su

interior, bajo las cuatro columnas de la entrada principal, al pie del enorme reloj, se encuentra el Museo del Fútbol. Diecisiete salas, inauguradas el 29 de septiembre de 2008, por las que viajar —a través del balón, las fotografías, los vídeos, las voces, los gestos, los objetos, los recuerdos, las curiosidades y las estadísticas— por la historia del Brasil del siglo xx.

Hilário Franco Júnior, un medievalista que ha tenido el valor de escribir sobre fútbol (*A dança dos deuses: Futebol, sociedade, cultura*), resume así esta historia:

Al principio, el fútbol fue criticado como algo fútil e inútil, pero rápidamente dejó de ser un deporte de élites para convertirse en el juego de las clases populares. En los años treinta se produce el primer punto de inflexión. En Brasil, gracias a las interpretaciones que hacen de él grandes intelectuales como Gilberto Freyre, Paulo Prado y Sérgio Buarque de Holanda, se toma conciencia del mestizaje, de una realidad social en la que conviven mulatos, negros y blancos. No hay de qué avergonzarse, y si los mulatos juegan mejor al fútbol, pues mejor. El Mundial de 1938, torneo en el que Leônidas da Silva —mestizo hijo de portugués y negra brasileña— será el pichichi, marca el momento de la toma de conciencia. Negros y mulatos, a los que algunos querían excluir de los torneos futbolísticos, están ahí. El segundo momento clave es el Maracanazo, en 1950, la derrota contra Uruguay que el dramaturgo Nelson Rodrigues calificó de «Hiroshima psíquica». Fue un duro contragolpe para toda la sociedad brasileña, así como para una clase política que había confiado en el fútbol para salir en la foto de cara a las elecciones. Un drama nacional que en 1958 quedó totalmente resarcido gracias a la victoria de Brasil en el Mundial de Suecia. En París se canta una canción que dice que somos los mejores del mundo. Es la explosión del orgullo nacional. A partir de ese momento, el complejo de inferioridad da paso al de superioridad. No podemos ir detrás de nadie, debemos ser siempre los campeones, como en 1962 y 1970. Pero eso no es posible. Llega el largo ayuno de victorias, y con él la dictadura militar, la represión, la tortura y las desapariciones de opositores. La mirada de la sociedad hacia el fútbol cambia, y, a pesar de las

dos victorias que traerán los mundiales, cunde la duda. En mi opinión, todavía estamos inmersos en esa fase. Hoy en día, Brasil es un país que valora mucho el fútbol y posee grandes jugadores, pero ya no es el país del *football*. Han surgido otras potencias futbolísticas, y el resto de selecciones también tienen buenos jugadores. Brasil quiso ser el país del futuro, y por un instante pareció que el futuro había llegado, pero luego volvieron a empezar las dificultades. Porque el futuro de Brasil no avanza linealmente, sino que procede en zigzag, va hacia delante y hacia atrás, entre contradicciones y titubeos. Como el fútbol.

Una vez oída la lección de este profesor tan versado en el fútbol como en las utopías medievales, es hora de ver cómo esta historia aparece ilustrada en el Museo del Fútbol.

Dos colegios esperan turno para empezar la visita. Los muchachos, bulliciosos como todos a esa edad, se perderán por los meandros del estadio y se detendrán frente al balón interactivo que les permite lanzar un penalti y ver a qué velocidad han chutado, frente al campo en miniatura donde se mueve una pelota o frente a los jugadores de madera de un fútbolín que no descansa un solo instante. Nada más entrar en el museo, un gran vestíbulo permite entender qué es el fútbol en Brasil: una parafernalia multicolor de los más variados objetos, banderas, pancartas, gallardetes, carteles, muñecos, llaveros, *gadgets*, caricaturas, diarios, tapones, alfombrillas. Una representación o un homenaje a la pasión de los hinchas. Una escalera mecánica conduce al primer piso, y, frente a ésta, un Pelé virtual da la bienvenida a los visitantes en tres idiomas. La secuencia de un balón que, chutado por un muchacho, vuela de un terreno de juego a otro anuncia el paso a la siguiente sala. Oscuridad. En lo alto, vuelan unos ángeles barrocos. Futbolistas legendarios de tamaño natural que driblan, chutan y se mueven por el aire. Un cartel explicativo reza:

Son veinticinco, pero podrían ser cincuenta o cien, pues fueron los creadores del fútbol arte que se practica en Brasil. Dioses o héroes, ídolos de varias generaciones que también pueden ser vistos como ángeles que, con sus alas, o mejor, con sus pies, nos transportan a territorios donde se cultiva la inventiva, la poesía y la magia del juego. Auténticos ángeles del arte barroco.

Ángeles que responden al nombre de Pelé, Sócrates, Gilmar, Carlos Alberto, Bebeto, Tostão, Garrincha, Ronaldo, Gerson, Rivelino, Didí, Vavá, Romário, Ronaldinho Gaúcho, Roberto Carlos, Rivaldo, Taffarel, Zico, Zagallo, Falcão, Nilton Santos, Djalma Santos, Jairinho, Julinho Botelho, Zizinho.

Paulo, un chiquillo que ha ido al museo con sus compañeros de clase, mira una y otra vez el vídeo del casi gol de Pelé frente a Ladislao Mazurkiewicz, el portero de Uruguay en la semifinal del Mundial de 1970. A continuación, lee la larga lista de los Ángeles Barrocos; observa atentamente cada nombre, mira hacia arriba y le dice a un amigo: «¿Por qué no está Neymar?». En efecto, Neymar Júnior no ha ascendido todavía a este paraíso del fútbol. Sin embargo, fuera del estadio, bajo el sol del invierno, la camiseta más vendida en los puestos ambulantes es la verdiamarilla con el número 10. La del último poeta brasileño del balón.